



V

LA FAMILIA JOYEUSE

CADA día, invariablemente, á las ocho en punto de su mañana, una casa nueva y poco menos que deshabitada de uno de los barrios extremos de París se llenaba de gritos, de clamores, de deliciosas risotadas que sonaban limpiamente en el hueco de la escalera.

—Papá, no te olvides de mi música...

—Papá, mi lana de bordar...

—Papá, tráenos panecillos...

Y la voz del padre que desde abajo gritaba:

—Yaia, bájame la cartera...

—Adiós, ya se le olvidó la cartera...

Y se armaba un ir y venir de todas aquellas moninas aún no bien desperezadas, de todas aquellas cabelleras

enmarañadas que de paso se recogían, hasta el momento en que, asomadas á la barandilla, una media docena de chicas dirigían su sonoro adiós á un vejete limpio y bien acepillado, cuyo rostro encendido y desmedrada silueta acababan por perderse de vista en el caracol de la escalera. M. Joyeuse se había marchado á la oficina... Al punto toda la bandada de pajarillos ganaba el cuarto piso, y, atrancada la puerta, se agrupaba en el alféizar de una ventana para ver una vez más á papá. El vejete volvía la cabeza, se cambiaban de lejos unos cuantos besos, luego las ventanas se cerraban; la casa nueva y desierta recobraba su tranquilidad alterada únicamente por la loca zarabanda que bailaban los rótulos movidos por el viento de la calle sin concluir, cual si también á ellos les hubiesen puesto de buen humor todas aquellas evoluciones. Un momento después, el fotógrafo del quinto bajaba á colgar de la puerta su invariable vitrina de exposición, en la cual figuraba el anciano de corbata blanca rodeado de sus hijas en agrupaciones diversas; volvía á subir á su vez, y la quietud que sucedía de pronto á aquel pequeño jolgorio matutino daba á suponer que el padre y su escuadrón de señoritas se habían reinstalado en el escaparate fotográfico, donde permanecían risueños y sin pestañear hasta la noche.

Desde la calle de San Fernando al despacho de Hemerlingue é Hijo, sus jefes, M. Joyeuse empleaba sus tres buenos cuartos de hora. Iba andando con la cabeza alta y tiesa como si temiese desarreglar el bonito nudo de corbata hecho por sus hijas, ó el sombrero puesto también por ellas; y cuando la mayor, siempre inquieta y precavida, levantaba, en el momento de salir, el cuello de su sobretodo, M. Joyeuse, aun con una temperatura elevada, no se lo bajaba hasta la oficina, como el enamorado que al separarse de su amada no osa moverse temeroso de que se disipe el embriagador perfume.

Viudo desde hacía algunos años, aquel simpático anciano no vivía más que para sus hijas; sólo en ellas pensaba, y seguía la senda de sus años rodeado de aquellas rubias cabecitas que revoloteaban confusamente en torno de él como en un cuadro de la Asunción. Todos su

deseos, todos sus proyectos tenían como base á «las niñas» y á ellas volvían siempre, no sin grandes rodeos muchas veces, porque M. Joyeuse—lo cual provenía sin duda de su cuello metido y de lo bajo de su cuerpo, por el cual no daba más que una vuelta su hirviente sangre—era hombre de fecunda, de asombrosa imaginación. En la oficina, las cifras llegaban á fijarle algún tanto con sus combinaciones positivas; pero una vez fuera, su imaginación tomaba el desquite de aquella ocupación inexorable. La actividad de la marcha, el hábito de un camino cuyos más insignificantes accidentes le eran familiares, daban libertad completa á sus facultades imaginativas. Entonces inventaba aventuras extraordinarias con que llenar veinte novelas de folletín.

Sí, por ejemplo, M. Joyeuse, al subir por la calle de Saint-Honoré, acera derecha—siempre tomaba la derecha,—veía pasar al trote largo una pesada carreta de lavandera, guiada por una campesina cuyo chicuelo, metido en un fardo de ropa, se ladeaba algo,

—¡El niño!, gritaba el pobre hombre lleno de susto, ¡cuidado con el niño!

Su voz se perdía en el espacio. La carreta pasaba. Seguía un momento con la vista, y luego volvía á emprender su camino: pero el drama iniciado en su cerebro seguía desarrollándose con un sin fin de peripecias... El muchacho se había caído... Las ruedas iban á pasarle por encima... M. Joyeuse daba un brinco hacia él, salvaba á la criatura á punto ya de perecer, pero la lanza le daba á él en mitad del pecho, y caía bañado en su propia sangre. Entonces se veía conducido á la botica. Metíanle en una litera; le subían á su casa; luego, de pronto, oía el grito desgarrador de sus hijas, de sus queridas hijas, al verle en aquel estado. Y ese grito desesperado le iba tan recto al corazón, lo percibía tan distinta, tan profundamente: «Papá, querido papá...» que lo soltaba él mismo en mitad de la calle, dejando parados á los transeuntes, con una voz ronca que le despertaba de aquella pesadilla de su invención.

¿Queréis otro rasgo de aquella imaginación portentosa? Llueve, nieva, un tiempo de perros. M. Joyeuse toma

el ómnibus para ir á la oficina. Frente á él se sienta una especie de coloso. M. Joyeuse, diminuto, raquítico, encoge las piernas para dejar paso franco á las enormes columnas que sostienen el busto monumental de su vecino. Con el movimiento del carruaje y el ruido de la lluvia M. Joyeuse se echa á soñar. De pronto el coloso de enfrente, que tiene toda la cara de un hombre de bien, se sorprende de ver al hombrecillo demudarse, mirarle rechinando los dientes, con ojos feroces, ojos de asesino. Sí, de asesino verdadero, porque en aquel momento M. Joyeuse está sufriendo una pesadilla terrible... Una de sus hijas está sentada, allí, frente á él, al lado de aquel gigante, y el miserable le rodea la cintura por debajo de la manteleta.

—Quitad la mano, caballero... ha dicho ya dos veces M. Joyeuse. El otro se ha limitado á mirarle burlonamente... Y va á abrazar á Elisa...

—¡Ah! ladrón...

Muy poca cosa para defender á su hija, M. Joyeuse, echando espumarajos por la boca, saca el cortaplumas del bolsillo, hiere al insolente en mitad del pecho, y se va, fuerte con su derecho de padre ultrajado, á prestar declaración al primer cuartelillo de policía que halla.

—Acabo de matar á un hombre en un ómnibus.

Al sonido de su propia voz que, con efecto, pronuncia claramente estas siniestras palabras, pero no en el cuartelillo, el infeliz despierta, adivina por el estupor de los viajeros que ha debido hablar en alta voz, y se apresura á aprovechar la llamada del conductor: «San Felipe... Panteón... Bastilla...» para apearse, corrido, en medio del general asombro.

Esta imaginación siempre alerta daba á M. Joyeuse una singular fisonomía, en contraste con su correcto porte de burócrata de última fila. ¡Eran tantas las vidas de pasión que vivía en un solo día!.. Es más numerosa de lo que se cree la raza de esos durmientes en vela en quienes la inquina de la suerte comprime y deja sin empleo fuerzas vigorosas, facultades heroicas. El ensueño es la válvula por donde escapa esa vida interior en imágenes flotantes al punto desvanecidas. De esas visiones unos

salen radiantes, aplastados otros, consternados al encontrarse con la realidad de cada día. M. Joyeuse era de estos últimos, propenso á remontarse á alturas de las cuales no es posible bajar sin sentirse algo quebrantado por la rapidez del descenso.

Pues, como decíamos, una mañana en que nuestro «soñador» había salido de su casa á la hora y en las circunstancias de costumbre, comenzó una de sus novelitas íntimas. Acercábase el Año Nuevo, y tal vez un barracón de madera que estaban montando en el vecino depósito le hizo pensar «propina... día de Año Nuevo.» Y al punto la palabra propina se implantó en su cerebro como el primer jalón de una historia maravillosa. En diciembre todos los empleados de Hemerlingue percibían mensualidad doble, y es sabido que en las familias poco acomodadas esos gajes sirven de base á una porción de proyectos ambiciosos ó amables; algún regalillo, algún mueble nuevo, alguna pequeña suma guardada en un rincón de la cómoda para hacer frente á gastos imprevistos.

M. Joyeuse no era rico que digamos. Su mujer, una señorita de Saint-Amand, acosada de ideas de lujo y de gran tono, había montado aquel modesto hogar de empleadillo en un pie ruinoso, y durante los tres años que hacía que había muerto, y que la *abuelita* dirigía la casa con rara prudencia, no había podido todavía ahorrarse ni un céntimo, tal era el déficit de los presupuestos anteriores. De pronto se le ocurrió al bueno de M. Joyeuse que la gratificación iba á ser mayor aquel año en recompensa del aumento de trabajo que había ocasionado el empréstito tunecino. Este empréstito había sido para sus principales un negocio redondo, tan redondo que M. Joyeuse se había permitido decir en las oficinas que por aquella vez «Hemerlingue é Hijo habían hecho con el turco un caldo más gordo de lo regular.»

—¡Oh! sí, lo que es esta vez la gratificación será doble, pensaba por el camino; y ya se miraba de allí á un mes subiendo con sus camaradas, para hacer la visita de Año Nuevo, la escalerilla del piso de Hemerlingue. Éste les anunciaba la buena nueva; luego hacía quedar á M. Joyeuse. Y hete que aquel principal, habitualmente tan frío,

se volvía afectuoso, paternal, comunicativo. Quería saber cuántas hijas tenía Joyeuse.

—Tengo tres... digo mal, cuatro... señor barón... Siempre me equivoco. Como la mayor tiene tanto seso...

—¿Cuántos años tienen?

—Alina, señor barón, tiene veinte. Es la mayor... Viene luego Elisa, que se prepara para el exámen de los dieciocho... Enriqueta que cuenta catorce, y Zaza ó Yaia que no cuenta más que doce.

Este diminutivo de Yaia divertía al señor barón, quien deseaba saber asimismo con qué recursos contaba aquella interesante familia.

—Mi sueldo, señor barón... y nada más... Había reunido algunos ahorrillos, pero la enfermedad de mi pobre esposa, la enseñanza de las niñas...

—Vuestro sueldo no os basta, querido Joyeuse. Desde hoy en adelante ganaréis mil francos al mes.

—¡Oh! señor barón, es demasiado...

Pero aun cuando esta última frase la había dicho en alta voz á las barbas de un municipal que no sin cierta desconfianza miró pasar á aquel hombrecillo que gesticulaba y movía la cabeza, el pobre soñador no despertó. Admiróse á sí mismo volviendo á su casa, participando á sus hijas el notición, llevándolas al teatro por la noche para celebrar tan fausto acontecimiento. ¡Gran Dios! ¡qué lindas estaban en el antepecho de su palco! ¡qué ramillete de cabecitas sonrosadas! y hete que al siguiente día las dos mayores eran pedidas en matrimonio por... M. Joyeuse no llegó á saber el apellido de los futuros novios, porque de pronto se encontró en la entrada de la casa de Hemerlingue de manos á boca con una mampara que mostraba escrito «Caja» en letras de oro.

—Siempre seré el mismo, dijo para sí sonriendo y pasándose la mano por la frente en que el sudor perleaba.

Puesto de buen humor por su fantasía, por la lumbre que chisporroteaba en las oficinas entarimadas, enrejadas, iluminadas discretamente, donde se podían contar sin sentirse deslumbrado las monedas de oro, M. Joyeuse saludó festivamente á los demás empleados, púsose el chaquetón de trabajar y se caló el casquete de terciopelo ne-

gro. De pronto, silbaron desde arriba; y el cajero, aplicando el oído á la bocina, oyó la voz pastosa de Hemerlingue, el único, el auténtico—el otro, el hijo, seguía ausente,—que preguntaba por M. Joyeuse. ¡Cómo! ¿duraba todavía el ensueño?... Lleno de turbación tomó por la escalera interior que un momento antes subiera con tanto brío, y se encontró en el despacho del banquero, pieza reducida, muy alta de techo, alhajada con cortinillas verdes y enormes sillones de vaqueta proporcionados á la fenomenal humanidad del jefe de la casa. Allí estaba éste, sentado frente á su pupitre, del cual le mantenía alejado su vientre, obeso, respirando con dificultad, y tan lívido que su cara redonda, de nariz ganchuda, producía como una especie de foco luminoso en el fondo de aquel despacho severo y sombrío. Cuando el dependiente entró, su mirada fulguró durante un segundo bajo los densos párpados penosamente entreabiertos; hizole seña de que se acercase, y lenta, fríamente, truncando con intervalos de descanso sus frases jadeantes, en vez de: «¿Cuántas hijas tenéis, M. Joyeuse?» le dijo lo que sigue:

—Joyeuse, os habéis permitido criticar en las oficinas nuestras últimas operaciones con la plaza de Túnez. Excusad toda defensa. Conozco palabra por palabra las que habéis dicho. Y como yo no he de consentirlas en boca de uno de mis dependientes, os advierto que desde fin de mes quedáis despedido.

Una oleada de sangre se agolpó al rostro del dependiente; retrocedió, volvió á embestir, llevando cada vez en sus oídos un silbido confuso, y un turbión de ideas y de imágenes en su cerebro.

¡Sus hijas!

¿Qué iba á ser de ellas?

¡Los empleos andan tan escasos en esta época del año! Apareciósele la miseria, y con ella la visión de un desgraciado arrojándose á las plantas de Hemerlingue, suplicándole, amenazándole, abalanzándose sobre él en un acceso de cólera desesperada. Toda esta agitación pasó por su rostro como un golpe de viento que roza un lago cavando en él toda suerte de abismos movientes; pero permaneció mudo, y á la indicación de su principal de que

podía retirarse bajó tambaleándose á ocupar otra vez su asiento en la caja.

Por la noche, al volver á la calle de San Fernando, Joyeuse no contó á sus hijas una sola palabra de lo ocurrido. No se atrevió. La idea de nublar aquel alborozo radiante que constituía la manera de ser de su hogar; la idea de llenar de gruesas lágrimas aquellos lindos ojos claros, le pareció insoportable. Era por añadidura tímido, de aquellos que dicen siempre: «Aguardemos á mañana.» Aguardó, pues, para hablar, primero, á que hubiese transcurrido noviembre, meciéndose en la vaga esperanza de que Hemerlingue cambiaría de parecer. Más tarde, cuando, saldada su cuenta, un nuevo dependiente hubo ocupado el sitio, frente al alto pupitre, en que tanto tiempo había estado de pie, esperó encontrar pronto otra cosa y reparar su desdicha antes de verse forzado á confesarla.

Cada mañana hacía como que iba á la oficina, se dejaba asear y componer como de costumbre, y cogía su mayúscula cartera de cuero para meter en ella los numerosos encargos de la tarde. Aunque de intento se olvidase de algunos á prevención del próximo fin de mes tan problemático, no le faltaba ya el tiempo para hacerlos. Tenía todo el día para él, un día interminable que pasaba corriendo todo París en busca de colocación. Le daban direcciones, recomendaciones excelentes. Pero en ese terrible mes de diciembre, tan frío y de días tan cortos, los empleados se cargan de paciencia y los principales también. Todos procuran rematar el año en calma, dejando para el mes de enero los cambios, las mejoras, las tentativas de vida nueva.

Dondequiera que M. Joyeuse se presentaba, veía helarse súbitamente las caras no bien explicaba el objeto de su visita: «¡Toma! ¿ya no estáis en casa de Hemerlingue é Hijo? ¿Cómo ha sido eso?» Él se esmeraba en explicarlo del mejor modo posible atribuyéndolo á un capricho del jefe, ese feroz Hemerlingue que París entero conocía; pero sentía frialdad, desconfianza, en esta respuesta uniforme: «Volved pasadas las fiestas.» Y tímido como era de suyo, acababa por no presentarse en parte alguna, por

pasar veinte veces delante de una misma puerta, cuyos umbrales no hubiera llegado á cruzar sin la idea de sus hijas. Sólo esto era bastante para darle un empujón, fortalecerle las piernas; sólo esto le hacía ir en un mismo día á los extremos más opuestos de París, á Aubervilliers, á una gran fábrica de negro animal á la cual le hacían volver tres veces consecutivas para quedarse en definitiva como antes.

¡Oh! las carreras bajo la lluvia, bajo la escarcha; las puertas cerradas; el dueño que ha salido ó que tienegente; las esperanzas frustradas, las largas esperas, las humillaciones reservadas á todo aquel que va en demanda de trabajo como si fuese una afrenta el no tenerlo; todas estas tristezas tuvo que conocerlas M. Joyeuse, y con ellas las buenas voluntades que se cansan, que se descorazonan ante la persistencia de la mala suerte. Calculad ahora cómo habían de centuplicar su duro martirio de «hombre que busca un empleo» los espejismos de su imaginación, esas quimeras que surgían delante de él del empedrado de París mientras iba midiéndolo en todas direcciones.

Durante un mes seguido se vió convertido en uno de esos entes lastimosos que corren las aceras gesticulando, hablando solos, y que cada vez que tropiezan con alguien prorrumpen en una exclamación: «Ya lo decía yo,» ó bien: «No lo dude Ud., caballero.» El interpelado prosigue su camino con ganas de reirse, pero vence al fin la compasión que inspira la inconsciencia de esos infelices obsesos por una idea fija, ciegos que guía el ensueño tirándolos de una cuerda invisible. Lo más cruel era que después de esas largas, de esas duras jornadas de fatiga; cuando Joyeuse regresaba á su casa, era preciso que hiciese la comedia del que vuelve de su trabajo, que refiriese lo ocurrido en el día, lo que se había dicho, los enredos del despacho, que eran la cotidiana comidilla de las niñas.

En los hogares reducidos hay siempre un nombre que acude á la memoria con especial predilección, el cual se invoca en los días aciagos, que es parte en todos los deseos, en todas las esperanzas; un hombre que desempeña en la casa una especie de papel de subprovidencia ó, si se quiere, de un dios penate familiar y sobrenatural. Este

nombre es el del principal, del dueño de la fábrica, del propietario, del ministro, en una palabra, del hombre que tiene en su mano el bienestar, la existencia del hogar doméstico. En casa de Joyeuse ese nombre era el de Hemerlingue, siempre Hemerlingue, que acudía cien mil veces diariamente á la conversación de las niñas, las cuales lo asociaban á todos sus proyectos, á los detalles más nimios de sus femeniles ambiciones: «Si Hemerlingue quisiera... Todo esto depende de Hemerlingue.» Y nada tan encantador como la familiaridad con que aquellas muchachas hablaban de aquel ricachón á quien ni de vista siquiera conocían.

Todo era pedir noticias de él... ¿Le había hablado?... ¿Estaba de buen humor? Y pensar que todos, todos sin excepción, por humildes, por rendidos que nos tenga la suerte, vemos siempre debajo de nosotros á otro más humilde, más rendido, para el cual somos grandes, para el cual somos dioses, y, en nuestra cualidad de dioses, indiferentes, desdeñosos ó crueles.

Fácil es imaginar el suplicio de M. Joyeuse, obligado á inventar episodios y anécdotas sobre el miserable que tan brutalmente le había despedido á pesar de su buen comportamiento de diez años. Y sin embargo, desempeñaba su papel de tal manera, que llegaba á engañar á todo el mundo. No se había observado más que una cosa, y era que cada tarde, al volver, se sentaba á la mesa con gran apetito. ¡Cómo no! desde que había perdido su empleo, el pobre no almorzaba.

Pasaban los días. M. Joyeuse no encontraba nada. Sí, un empleo en la *Caja territorial*, pero que rehusaba, harto al corriente de las operaciones de banca, de los rincones y rinconcitos todos de la bohemia financiera en general y de la *Caja territorial* en particular, para poner los pies en aquella guarida.

—Pero, hombre, le decía Passajón... porque era Passajón quien habiéndole encontrado por casualidad y viéndole sin colocación le había hablado de una en casa de Paganetti... Pero, hombre, cuando os digo que va de veras. Nadamos en la abundancia. Se paga, me lo han pagado todo, mirad cómo me luce el pelo.

Con efecto, el anciano conserje vestía librea flamante, y por debajo de su túnica de botones plateados surgía majestuoso su prominente vientre. Ni por esas. M. Joyeuse no se había dejado tentar, ni siquiera cuando Passajón deslizó enfáticamente en su oído estas palabras preñadas de promesas:

—Anda metido en el asunto el Nabab.

Aun con esto, M. Joyeuse había tenido el valor de decir que no. ¿No valía más perecer de hambre que meterse en una casa cuyos libros podía algún día ser llamado á revisar como perito ante los tribunales?

Prosiguió, pues, sus viajes; pero, caído el ánimo, ya no buscaba nada. Como tenía que estar fuera de su casa se entretenía mirando los escaparates, se pasaba las horas muertas de codos en los pretilos, contemplaba la descarga de los buques. Se había convertido en uno de esos húsmeadores que figuran siempre en primera fila de los corrillos callejeros, que se guarecen de los chaparrones al abrigo de los pórticos, que se acercan para calentarse á las calderas al aire libre en que humea el alquitrán de los asfaltadores, que se dejan caer en el banco de un bulevard cuando ya no pueden con sus pies.

No tener nada que hacer es el mejor medio de alargarse la vida.

Ciertos días, sin embargo, cuando M. Joyeuse estaba muy cansado, ó el tiempo muy amenazador, aguardaba al extremo de la calle á que las niñas hubiesen cerrado la ventana, y deshaciendo el camino, pegado á la pared, subía rápidamente la escalera, pasaba por delante de la puerta reteniendo el aliento, y se refugiaba en el taller del fotógrafo Andrés Maranne, quien, enterado de su infortunio, le dispensaba esa acogida compasiva que guardan el uno para el otro los desgraciados.

Los clientes andan escasos en los puntos extremos de la ciudad. M. Joyeuse se pasaba largas horas en el taller hablando cuan quedo podía, leyendo al lado de su amigo, ó bien escuchando el batir de la lluvia en los cristales, ó el viento que rugía. Del piso inferior subían ruidos familiares y llenos de hechizo, canciones que celebraban la feliz conclusión de una labor, concertantes de risas, la lec-

ción de piano que daba la abuelita, el tic-tac del metrónomo. Vivía con sus adoradas sin que ni sospechar pudiesen ellas que le tuvieran tan cerca.

Una vez, en ocasión en que Maranne había salido, Joyeuse, que guardaba fielmente el taller y su flamante aparejo, oyó dos golpecitos en el techo del cuarto piso, dos golpecitos separados, bien distintos, y en seguida un corretear discreto que parecía el trote de un ratón. La intimidad del fotógrafo con sus vecinos autorizaba de sobra semejantes comunicaciones de prisioneros; pero ¿qué querían decir aquellos golpes? ¿Cómo responder á lo que parecía una seña? Á todo evento, repitió los dos golpes, el leve tamborileo, y la conversación no pasó de allí. Al regresar Andrés Maranne, supo por éste la clave de lo sucedido.

Nada más sencillo: algunas veces, durante el día, las muchachas, que no veían á su vecino más que por la noche, se informaban de sus asuntos y de cómo estaba de clientela. La seña que había oído significaba: «¿Van bien hoy los negocios?» Y por instinto, sin saberlo, M. Joyeuse había contestado: «No del todo mal, dada la estación.» Aun cuando el joven Maranne se puso como una grana al dar esa explicación, M. Joyeuse le creyó por su palabra. Pero la idea de comunicación frecuente entre las dos casas le hizo temer por el secreto de su situación, y desde entonces se abstuvo de lo que él denominaba «sus días artísticos.» Por otro lado, acercábase el momento en que no podría ya disimular más su miseria, próximo como estaba el fin de mes, agravado por un fin de año.

París comenzaba á tomar su aire de fiesta de las últimas semanas de diciembre. En punto á festividad nacional ó popular, ya casi no subsiste más que aquélla. Las locuras del Carnaval murieron al tiempo que Gavarni; las fiestas religiosas, cuyos repiques, con el ruido de la calle, apenas se oyen, se refugian detrás de las maćizas puertas de los templos; el quince de Agosto no ha pasado nunca de mera fiesta mayor de los cuarteles; pero París ha respetado la tradición del Año Nuevo.

Desde principios de diciembre se desparrama por la ciudad entera una inmensa chiquillería. Es un continuo

ir y venir de carretones de mano llenos de tambores dorados, de caballos de madera de juguetes de baratillo. En los barrios industriales, desde la buhardilla á la planta baja de las casas de cinco pisos, se pasan las noches de claro en claro revolviendo montones de gasas, de flores y de talco, pegando etiquetas en las satinadas cajas, escogiendo, marcando, embalando; los mil detalles de la quincallería, ese inmenso comercio en el cual imprime París el sello de su elegancia. El aire está saturado de olor á madera nueva, á pintura fresca, á barniz reluciente, y por el polvo de las buhardillas, por las miserables escaleras en donde el pueblo deposita el aluvión de todos los lodos que ha atravesado, se arrastran virutas de paolorosa, retazos de raso y de terciopelo, todo el desperdicio, en una palabra, del lujo empleado para deslumbramiento de los ojos infantiles. Después se arreglan los aparadores. Detrás de los cristales transparentes las telas de colores variados y vistosos muestran sus pliegues envarados y quebradizos, mientras las oficialas de las tiendas, con el cabello empingorotado y una cinta en el cuello, procuran engatusar al comprador blandiendo coquetamente el índice, ó llenan cucuruchos de papel de muaré en cuyo seno se precipitan los confites como lluvia de perlas.

Frente por frente á ese comercio comodón, de casa propia, al abrigo de la intemperie, atrincherado detrás de sus suntuosos y elegantes escaparates, instálase la industria improvisada de esas barracas de tabloncillos abiertas al aire libre, y cuya doble hilera da á los bulevares el aspecto de una feria rural. Allí están el verdadero aliciente y la poesía del aguinaldo. Lujosos en el cuartel de la Magdalena, acomodados por la parte del bulevar San Dionisio, más plebeyos en los alrededores de la Bastilla, esos pequeños barracones se arreglan al diapason de su público respectivo, y gradúan sus ganancias por lo más ó menos embutido del portamonedas de los transeuntes. Entre ellos se acomodan mesas sueltas, atestadas de chucherías, milagros de la pequeña industria parisiense. Como complemento, á lo largo de las aceras, perdidas en la hilera de carruajes que pasan rozando su errante mer-

cancia, las vendedoras de naranjas cierran ese comercio ambulante, apilando sus frutas de color de sol al reflejo de las linternas de papel encarnado, gritando: «A la de Valencia» por entre la niebla, el tumulto, la prisa excesiva con que París se lanza á poner fin al año viejo.

Regularmente M. Joyeuse formaba parte de esa masa atareada que pupula con ruido de dinero en el bolsillo y las manos cargadas de paquetes. Acompañado de la abuelita, corría en busca de aguinaldos para las niñas, se detenía frente á esos vendedores que, poco acostumbrados á la venta, se afectan á la vista del más mínimo cliente. Y todo eran coloquios y reflexiones, un embarazo en la elección que no acababa nunca en aquel reducido cuanto complicado cerebro, ajeno siempre al minuto actual y á la ocupación del momento.

¡Ay! este año, nada de eso. M. Joyeuse vagaba melancólicamente por la alborozada ciudad, con tanta mayor tristeza, y tanta despreocupación, cuanta mayor era la actividad que le rodeaba, empujado, aporreado, como todos los que obstruyen la circulación de los activos, con el corazón palpitante porque hacía algunos días que la abuelita le dirigía en la mesa alusiones transparentes y significativas sobre los aguinaldos. De ahí que evitase toda ocasión de quedar solo con ella, y que le hubiese prohibido que fuese á buscarle á la salida de la oficina. Mas á pesar de todos sus esfuerzos, acercábase el momento, claro lo veía, en que se haría público su duro secreto... Muy terrible había de ser la tal abuelita cuando tal miedo inspiraba á M. Joyeuse... No, Dios mío. Algo sería y nada más, con una deliciosa sonrisita que indultaba al minuto á todos los culpables. Pero M. Joyeuse era tímido, y veinte años de convivencia con una esposa de carácter mandón, «una persona de la nobleza», habían acabado por reducirle á irredimible esclavitud, como esos presidiarios que, después de extinguida su condena, quedan sujetos todavía á un período de vigilancia. Este período había de ser para él de toda la vida.

Una noche la familia Joyeuse se encontraba reunida en el saloncito, que conservaba todavía dos sillones almohadillados, una buena partida de adornos de crochet,

un piano, dos lámparas Cárcel con sus verdes caperuzas, y un veladorcito lleno de monadas.

La verdadera familia se encuentra entre los humildes.

Por economía no se encendía más que un solo fuego para toda la casa, y una sola lámpara, en torno de la cual se agrupaban todas las ocupaciones, todas las distracciones, grueso velón de familia cuya vetusta pantalla—escenas nocturnas tachonadas de agujeritos brillantes—había sido el asombro y el entretenimiento de las niñas en su primera edad. Surgiendo suavemente de la penumbra de la pieza, cuatro cabecitas juveniles, rubias ó morenas, sonrientes ó aplicadas, se modelaban á la luz de aquel destello íntimo y confortable que las iluminaba á la altura de los ojos, que parecía abrigoarlas, guarecerlas del negro frío que venteaba en el exterior, de los fantasmas, de las asechanzas, de las miserias y terrores, de cuanto pasea de siniestro una noche de invierno parisien—se por el fondo de un arrabal extraviado.

Encogida de esta suerte dentro de un pequeño aposento en lo alto de una casa deshabitada, en el calor, en la seguridad de su hogar aseado á maravilla, la familia Joyeuse recuerda el nido colgado en la cima de un árbol corpulento. El tiempo vuela, leyendo, cosiendo, hablando. Una convulsión de la llama, un chisporroteo del fuego, he aquí cuanto se oye, con más alguna exclamación que suelta una que otra vez M. Joyeuse, un tanto alejado de su pequeño centro, perdido entre la sombra, en la cual esconde su frente angustiada y los desvaríos de su imaginación. En este momento sueña con que esta noche, ó lo más tarde mañana, va á llover un inesperado socorro que le libre del inminente agobio de la miseria y de la necesidad absoluta de revelárselo todo á sus niñas. Hemerlingue, acosado por el remordimiento, le manda, como á todos los que han trabajado en el negocio de Túnez, la gratificación de diciembre. Tráela un gran lacayo: «De parte del señor barón...» El soñador dice estas palabras en alta voz. Los lindos rostros se vuelven á una hacia él; risas, movimiento general, y el infeliz despierta sobresaltado...

¡Ay! y cómo se echa en cara actualmente su tardanza

en confesarlo todo, esa seguridad engañosa que ha mantenido á su alrededor y que va á ser preciso destruir de golpe. En aquellos momentos, hasta se acusa de no haber aceptado un empleo en la *Caja territorial*. ¿Tenía acaso el derecho de rehusar?... ¡Ah! pobre padre de familia, inepto para conservar y para defender el bienestar de los suyos... Y al contemplar el lindo grupo, cuyo aspecto reposado de tal suerte contrasta con sus agitaciones interiores, siéntese presa de un remordimiento tan violento para su alma débil, que el secreto acude á sus labios, va á salir por entre un desbordamiento de sollozos, cuando un brusco campanillazo—esta vez no quimérico—les hace estremecer á todos y le detiene en el momento de hablar.

¿Quién podía ser á aquella hora? Desde el fallecimiento de la madre vivían retraídos, sin rozarse casi con nadie. Andrés Maranne, cuando bajaba á hacerles un rato de compañía, llamaba, familiarmente, como quien tenía la puerta abierta á todas horas. Silencio profundo en la sala, coloquio prolongado al través de la rejilla. Por fin la anciana sirvienta—había entrado en la casa, poco más, poco menos, con la lámpara—hizo entrar á un joven de todo punto desconocido, quien se detuvo encantado ante el adorable grupo de las cuatro muchachas apiñadas alrededor de la mesa. Este espectáculo hizo tanto efecto en él, que quedó medio cortado. Á pesar de ello se explicó muy bien acerca del motivo de su visita. Le había dirigido á M. Joyeuse para tomar lecciones de teneduría de libros un buen sujeto conocido suyo, el anciano Passajón. Uno de sus amigos se encontraba comprometido en importantes asuntos pecuniarios, una comandita considerable. Proponíase él prestarle un servicio, vigilando el empleo de los capitales y la integridad de las operaciones; pero se encontraba con que era abogado y que, por lo mismo, estaba poco al corriente de los sistemas financieros y del tecnicismo de la banca. Si M. Joyeuse pudiese, en unos cuantos meses, á tres ó cuatro lecciones por semana...

—¡Oh! sí, sí, perfectamente, caballero... balbuceaba el pobre hombre aturrido... Me comprometo en pocos me-

ses á ponerlos al corriente de la materia... ¿Dónde queréis dar la lección?

—Aquí mismo, si me lo permitís, contestó el joven, porque no quiero de ningún modo que se sepa que trabajo... Lo que sentiré mucho será si, conforme ha sucedido esta noche, cada vez que venga ponga en fuga á todo el mundo.

En efecto, desde las primeras palabras del recién venido las cuatro cabecitas rizadas habían desaparecido cuchicheando entre sí, y, vacío como estaba el gran círculo de luz blanca, la sala ofrecía un singular aspecto de soledad.

Siempre receloso cuando de sus niñas se trataba, monsieur Joyeuse contestó que «las niñas se retiraban cada noche muy temprano»; cuyas palabras dijo en un tonillo tan seco que á la legua se veía que querían decir: «joven, hablemos de las lecciones si os place.» Convínose entonces en los días y en las horas libres de la velada.

En cuanto á las condiciones, las que el caballero quisiese.

El caballero indicó una cifra.

El exdependiente se ruborizó: era lo que ganaba en casa Hemerlingue.

—Oh, no, es demasiado.

Pero el otro no le escuchada; buscaba, enredábasele la lengua para algo difícil de decir; pero de pronto, resueltamente, dijo:

—Aquí tenéis el primer mes...

—Pero, caballero...

El joven insistió. Era un desconocido. Era justo que pagase por adelantado... Se conocía bien que Passajón le había puesto al corriente... M. Joyeuse lo comprendió, y dijo á media voz: «Cracias, ¡oh! gracias...» á tal punto conmovido, que no pudo decir más. Era la vida asegurada durante algunos meses; el tiempo de orientarse, de encontrar un empleo. Sus pobrecillas no se encontrarían faltas de nada. Tendrían su aguinaldo de siempre. ¡Oh providencia!

—Hasta el miércoles, pues, señor Joyeuse.

—Hasta el miércoles... señor...

—De Géry... Pablo de Géry.

Y ambos se despidieron, encantados, deslumbrados, el uno por la aparición de aquel inesperado salvador, el otro por el hermoso cuadro que sólo había entrevisto, aquella juventud femenina agrupada alrededor de la mesa atestada de libros, de libretas y de madejas, con aire de pureza, de honradez laboriosa. Había allí para de Géry todo un París nuevo, animoso, de familia, totalmente distinto del que conociera hasta entonces; un París del cual no hablan nunca ni los folletinistas ni los gacetilleros, y que le traía á la memoria su provincia, con un refinamiento de más, el hechizo que al tranquilo refugio inédito prestan la brega, el tumulto que clama á su alrededor.

